

INCORPORACION DEL PROFESOR PEDRO GRASES COMO MIEMBRO HONORARIO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION.

El 17 de agosto de 1955, la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, recibió, como miembro académico honorario, al Profesor Pedro Grases, Secretario de la Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello, profesor de las Universidades de Barcelona y Central de Caracas, Miembro de las Academias de Historia y Letras de Venezuela, Brasil, Chile y Cuba. El Profesor Grases posee una vasta producción de obras filológicas, lexicográficas e históricas, aparte de sus trabajos bibliográficos, gramáticos y de crítica literaria. Los ANALES se complacen con el homenaje rendido por la Facultad de Filosofía al ilustre bellista y transcribe su discurso de incorporación y el de recepción pronunciado, en esa oportunidad, por el miembro de la misma Facultad y Secretario de la Universidad de Chile, don Guillermo Feliú Cruz, acompañado de una bibliografía del Profesor Grases.

UN ENSAYO SOBRE EL ESCRITOR PEDRO GRASES.

*Discurso de recepción por don
Guillermo Feliú Cruz.*

Magnífico Rector,
Ilustre Decano,
Excmo. Señor Embajador de Venezuela,
Señor Secretario de la Facultad,
Señoras y señores,
Señor Profesor don Pedro Grases,
Alumnos.

Cada cierto tiempo estas Casas de Estudios, que llamó la antigüedad clásica, vivifican la tradición vernácula académica sobre que reposa su prestigio, incorporando a sus facultades a individuos que cultivan las mismas disciplinas que hacen la razón principal de su existencia. Si no es ciertamente esta conducta la manifestación activa de la ciencia que tienen la obligación de desenvolver, ya que sin ella el cuerpo habría muerto y en sus claustros sólo reinaría la angustiosa soledad del silencio, tal actitud nos revela, en consonancia con esa

conducta, el espíritu que anima a estas corporaciones, en las que preside el concepto de la moral intelectual solidaria, ya sea en el rol académico, o en el docente. Es por ello que buscan, atraen, incorporan, señalan, estimulan y distinguen, en bien de su perfeccionamiento, la colaboración de los varones versados en los estudios que profesan, con los cuales entablan el diálogo que refleja nuestras inquietudes, que abre la discusión acerca de nuestras ilusiones y que valora la razón de nuestras desesperanzas, en las horas en que la jornada no ha rendido el provecho que esperábamos.

Los límites del alma mater dejaron de ser, hace más de un siglo, los que señaló el contorno mismo de la muralla circundante de la Universidad con su cuerpo de facultades, profesores y alumnos. El fuero que las privilegiaba quedó enmarcado en la distinción espiritual de sus miembros, y al paso que las ciencias experimentales transformaron la vida externa con la aplicación de la técnica, el humanismo de las universidades encontró en la tecnología el medio más adecuado y a propósito para difundir las creaciones abstractas de la ciencia en sus formas prácticas, de tal suerte que estas Casas de Estudios derrumbaron sus murallas y cumplieron el sentido social de difusión de la cultura que implica, en el concepto de hoy, la tarea universitaria. Va ahora ella mucho más allá de los claustros, y en esta obra de vinculación con el medio, no es la menor la de buscar a los trabajadores de la inteligencia para realizar las aspiraciones ecuménicas de la felicidad del hombre por los bienes de cultura.

Cuando nuestro Estatuto Orgánico de 1842, 1879 y 1931, consagró la calidad de "miembros honorarios" en nuestras Facultades para los sabios extranjeros, abrió las puertas a esta colaboración internacional, sintió la responsabilidad de lo que he llamado la moral intelectual solidaria, y quiso así estrechar en una acción común los beneficios del diálogo entre los hombres en torno a supremos ideales.

Hoy estamos reunidos precisamente para llevar a cabo una de las disposiciones

de nuestro Estatuto con la incorporación de un miembro honorario en nuestra Facultad, y añadimos así un nombre más, eminente, a la larga lista de los americanos y de los europeos ilustres que haciéndolos responsables de nuestro destino, nos han servido y servirán para saber dirigirlo en lo porvenir.

Pero el nuevo "miembro honorario" de nuestra Facultad, si cumple con los requisitos que abonan, en general, la calidad de tal, tiene otros especiales, singularísimos, para nosotros, que dan a su incorporación un relieve mayor por su ligamento con las disciplinas que aquí se cultivan. La raíz más profunda de esta Facultad, de la que emana su glorioso prestigio, aquella que de su sabia ha desprendido la floración de nombres que la han enaltecido, se encuentra en la obra de Bello. Cubre su nombre por entero el de la Universidad de Chile, y si fué Rector hace más de un siglo, a su rectoría moral e intelectual no se le ve término ni lo tendrá en la historia de esta Casa: Bello, América y Humanismo son en nuestro lenguaje una misma cosa, lenguaje que quiere decir las bases de la cultura republicana de un continente. Mirando hacia lo propio, en lo que fué la creación del caraqueño con esta Universidad, cada una de sus Facultades conserva en lo más íntimo de su tradición espiritual, la parte de sabiduría que Bello les otorgó al establecerse los primeros cuerpos académicos y científicos con que se la organizó. Heredaron de Bello directamente la esencia de su espíritu. La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, recibió la del jurisperito y jurisperito. La de Ciencias Físicas y Matemáticas, las averiguaciones, cálculos y abstracciones de las leyes de la mecánica del universo. La de Ciencias Médicas, las indagaciones acerca del origen de los dolores que han quebrantado la salud del hombre y los medios sociales de aliviarlos. Sin embargo, si esos son títulos de gloria, de honra y dignidad para las corporaciones que nacían y que tan altamente han sabido mantener ¿qué diremos nosotros que recibimos como herencia suya lo que es el alma de esta Facultad, la concepción humanística acabada y completa que Bello representó como espejo de ideal? Aquí han radicado, en efecto, de acuerdo con sus normas, los estu-

dios de la filosofía, los de las ciencias, los de la educación, los de filología, gramática, lexicografía, los de la metodología pedagógica, los de historia, cuyos cánones estableció, y los de la crítica literaria, que encuentran en él a su fundador. Y hay más todavía. Esta Facultad, primitivamente llamada de Filosofía y Humanidades, en la cual Bello tuvo un sillón, era la llamada a proteger las letras y las artes, las bellas letras como entonces se decía. La corporación se inspiró en su criterio sensato y armonioso, en la equilibrada entonación del autor de la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* y de sus ensayos literarios, para otorgar los premios de los concursos universitarios sobre poesía, teatro y novela.

Hasta ahora nos guía la dignidad de su espíritu, y seguirá presidiendo nuestro numen.

Había dicho antes que en el nuevo miembro académico honorario de nuestra Facultad, existían condiciones muy especiales que lo unen a las disciplinas que aquí se desenvuelven, y que otras le abrían estas puertas casi por derecho propio.

Conviene señalar las primeras. Pedro Grases, entre esas primeras condiciones, ostenta, en una vasta obra la vocación por los estudios de la filología, la gramática y la lexicografía, y la crítica literaria, la bibliografía y la historia, forman, en el cuadro de su producción, un capítulo respetable de su vida literaria. Marcada es su tendencia a la historia literaria, y en la historia misma, a las de las ideas, con inclinaciones a la biografía.

En América cuesta bien poco convertirse en historiador. El de la Historia es el género más abundante de las letras. En un mundo que carece de vida interior, donde toda la acción del hombre quiere enlazarse con la política y la religión, en el cual las ideas carecen de un valor jerárquico y son puramente ocasionales para conseguir u obtener en el pasado como en el presente, la glorificación del individuo o del momento histórico, la historia es simplemente un nombre, no es un estudio ni tiene ordinariamente consistencia científica. Lo que en América se ha llamado historia es el culto de la individualidad heroica. Los hombres que hacen el cuadro de la historia de América son dioses. Y son dio-

ses los libertadores como los liberticidas, los tiranos como los bandidos. El culto del héroe es la Historia de América.

Afortunadamente, Grases ha escapado a estas desapoderadas influencias. Será su obra histórica menos brillante que la de aquellos "endiosadores", pero es más sólida, porque radica en la investigación más acuciosa, en una estricta confrontación de fuentes, en un método verdaderamente científico.

Por otra parte, Grases tiene una formación europea. Los estudios de Filosofía y Letras y de Derecho en la Universidad de Barcelona, en 1931; los del Doctorado en esas mismas Facultades en la Universidad de Madrid, en 1931 y 1932; la profesión de la cátedra de Árabe en la Universidad de Barcelona y de la lengua y literatura española en el Instituto Giner de los Ríos en 1933-1936, le armaron de los elementos que hacen del método en la historia la herramienta poderosa para ser simplemente objetivo en los planteamientos de los hechos, que arroja la investigación paciente, lo cual en modo alguno excluye, cuando existe un ponderado talento literario, en negarle a Clio sus virtudes, atenuando algunas de ellas, como la de su imaginación ardiente, por ejemplo, para que el relato de la verdad sea tan fabuloso, como son las cosas de América, que sólo la elegante sencillez de la prosa puede imponer.

En esta tarea de hacer historia con criterio científico, Venezuela debe a Grases un servicio muy distinguido en la orientación de estos estudios. Ha comenzado por el principio de introducir en aquel país la ordenación del material. El historiador literario o político ha debido convertirse en bibliógrafo. En este trabajo ingrato, sin brillo, que supone casi el renunciamiento de la vida del escritor, Grases, después de Manuel Segundo Sánchez, el verdadero fundador de los estudios bibliográficos venezolanos, ha hecho una labor de desbrozamiento que ya permite encarar algunos períodos de la historia venezolana con seguridad. Las publicaciones que llevan su firma sobre estos particulares son tan numerosas como valiosas, y ellas representan un esfuerzo de investigación de extrema seriedad, de crítica severísima, de inteligente coordinación de informaciones,

cuyos atisbos pueden calificarse de sorprendentes, a veces.

Es ordinariamente imposible que un bibliógrafo se conforme con la descripción externa o interna de los libros sometidos a su examen. La ley que rige los deberes del padrino, lo obliga a convertirse en padre, si se desea, en un segundo padre. Por que quien, con amor ha depurado un texto viejo, valioso e importante; quien ha hecho su historia, conociéndola hasta en sus menores detalles; quien se ha penetrado de su valor como fuente de información pristina, es bien difícil que no se resuelva a darle al libro nueva vida, editándolo. Grases se ha hecho editor en Caracas de preciosos libros, depurados, llenos de notas, con prólogos sapientísimos, en que ha discutido problemas capitales de la historia política y literaria de América y Venezuela. Este es otro servicio que le debe la tierra de Bolívar.

Grases, pues, hubo de transformarse en el medio cultural de Caracas, en historiador y bibliógrafo cuando a ella arribó en 1937 a la edad de 28 años. Nacido en Villafranca del Panadés el 17 de septiembre de 1909, ya hemos visto su paso por las Universidades de Barcelona y Madrid. La vocación intelectual de Grases no estaba dirigida a los estudios históricos hacia esta época. El ejercicio de la docencia en la cátedra de lengua árabe en la Universidad de Barcelona, le llevaban a las disciplinas filológicas, lingüísticas y lexicográficas. El conocimiento sistemático de la lengua árabe, le abrió el camino para el estudio de las influencias de esa literatura en la del medioevo español, fuente fecunda para establecer, como ya lo hicieron los arabistas hispanistas Conde y Dozy en los comienzos del pasado siglo, la originalidad del cuento, de la poesía, de la crónica y de las raíces arábicas en la lengua castellana. Quién sabe si de haber permanecido en España, su nombre estaría ligado al de Menéndez Pidal, como egregio discípulo, cuyos descubrimientos de todo orden en la época de la España cívica han asombrado al mundo de los hispanistas. Yo debo anotar aquí que el primer contacto de Grases con Andrés Bello corresponde a ésta época. Las primeras investigaciones sobre los orígenes de la poesía lírica medioeval en Europa y acerca

del poema del Cid, se realizaron en el desempeño de su cátedra de árabe y en la de la lengua y literatura españolas. Especialmente estas últimas las prosiguió en Caracas, y es aquí donde publica en 1938 y 1946, los dos libros que versan sobre tan importantes como trascendentales asuntos, en los que hay aplicado una rigurosa crítica de acuerdo con los más inflexibles métodos de la filología moderna.

La calidad académica que recibe Grases por sus estudios de erudición literaria le abona el título otorgado, y al mismo tiempo premia los desvelos del Maestro. Con ello quiero decir que esta Facultad rinde homenaje al individuo docto en investigaciones que se encuadran dentro de nuestra finalidad científica y con las docentes que también le impone su Estatuto. Grases es Profesor en Caracas de un establecimiento que encuentra un eco de especial simpatía en esta Facultad, porque fué establecido por pedagogos chilenos que pertenecieron o pertenecen a nuestra corporación.

Me refiero al Instituto Pedagógico de Caracas. En 1937, Grases era Profesor de la lengua y literatura españolas, y al mismo tiempo daba clases en varios liceos de esa ciudad, que ya habían recibido el nátilo renovador de los pedagogos chilenos. A fin de completar y perfeccionar en las disciplinas humanísticas que tan fervorosamente atraen a Grases, la Fundación Rockefeller, lo pensionó en los Estados Unidos con este objeto, en 1945, y al año siguiente, durante 1946 y 1947, permaneció como Profesor Visitador, por espacio de algún tiempo, en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Harvard. Digamos que ya hacia este tiempo Bello le es familiar.

El regreso a Caracas, ahora su segunda patria, está marcado con su incorporación como Profesor de la Universidad Central, en los ramos de su especialidad. No ha abandonado aún la cátedra del Instituto Pedagógico, en la cual ensaya temas de bibliografía de la literatura venezolana con sus alumnos. Mientras tanto, sobre Grases han caído distinciones que no ha buscado ni deseado, porque su natural sencillez modesta se opone a su búsqueda. Pero la obra del estudioso ha encontrado eco en las corporaciones sabias. Las Aca-

demias de la Historia y la de Letras de Venezuela, Brasil, Chile y Cuba lo han incorporado entre sus miembros.

Tales son los antecedentes que ligan a nuestro nuevo colega con esta Facultad. Esos antecedentes —ya se ha visto— son de dos órdenes: la naturaleza de sus estudios que inciden con los nuestros en los de Historia y en los de la Filología Romance, y también en el ejercicio de la docencia, en un Instituto Pedagógico, gemelo del nuestro, creado por educacionistas chilenos, y además, la realización del magisterio en la Universidad Central de Caracas. Con ser estos antecedentes muy valiosos, dentro de los que estima y avalora cuidadosamente esta Facultad para la elección de sus miembros académicos sean nacionales o extranjeros, Grases tiene para nosotros uno tanto o más superior que aquéllos.

Todo lo que habla de Bello o se refiere a Bello, conmueve el sentimiento nacional, porque fué civilmente el constructor de nuestra nacionalidad intelectual y jurídica. Elevó nuestro rango en lo interior y le dió crédito altísimo en el exterior. Su obra sazonó sus frutos en Chile para bendición de esta tierra.

En 1948, el Gobierno de Venezuela acordó, un poco tardíamente tal vez, aún cuando para hacer justicia educadora nunca el tiempo pasó, editar las Obras Completas de Bello. Porque hay orgullo nacional en recordarlo y porque revela como el nombre de Bello ha vivido en el alma de los chilenos, el proyecto del Gobierno de Venezuela lo había llevado a cabo el de Chile por una ley especial, del Congreso Nacional, el 5 de septiembre de 1872, o sea después de siete años del fallecimiento del Maestro, ocurrido en 1865. En 1881, al cumplirse el centenario del nacimiento del Rector de la Universidad de Chile, se publicaba el primer tomo de sus Obras Completas, las que deberían alcanzar a 15 volúmenes, editadas en el espacio de 12 años, finalizando en 1893. Era una edición modesta, pero digna del hombre que se distinguía y de la sobriedad de un país pobre que siempre ha tenido el respeto por su tradición. Ningún sacrificio omitió ni el Gobierno ni la Universidad de Chile en esa edición. Cada año el Gobierno destinaba una suma de dinero

para llevarla a cabo. He revisado la Ley de Presupuestos durante esos 12 años y la cantidad consagrada a esa obra era ya entonces una fortuna. Hoy constituye al cambio actual, una cifra sideral. Los hombres más inteligentes y preparados de la Universidad tuvieron a su cargo la edición. Miguel Luis Amunátegui, su discípulo predilecto, escribió innumerables páginas de prólogos atestados de noticias e indicaciones útiles, y antes había trazado la vida del caraqueño en un libro que es fundamental y que lo seguirá siendo siempre que la escoria no cubra los brillantes. Gregorio Víctor Amunátegui al fallecer su hermano Miguel Luis siguió compilando papeles y ordenándolos, y una vez que su ánimo se rindió, Miguel Luis Amunátegui Reyes, hijo de éste y sobrino de aquél, con una devoción religiosa, con una paciencia de santo, con una consagración verdaderamente superior, continuó descifrando la letra de Bello hasta prácticamente perder la vista. Así, ciego, distribuía el material de los tomos, que faltaban por editarse y así ciego también por su amor a Bello, dictaba los prólogos de los dos últimos tomos.

La edición de las Obras Completas de Bello hecha en Chile ha aportado a la edición venezolana el cuerpo fundamental para ésta.

En el año 1948, que he recordado, Grases fué designado Secretario de la Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello que imprime el Gobierno Venezolano. En este cargo Grases se ha conducido en forma ejemplar. Ha puesto al servicio de esta empresa una energía verdaderamente colosal. Por el estudio que le ha demandado la lectura de textos anotados por Bello y que se creían no incorporados en la edición Chilena, por las pesquisas de la información bibliográfica, por la determinación de escritos dudosos, por la revisión del material de las Obras Completas de la edición chilena, Grases ha demostrado tener la constancia inflexible de su raza catalana para el trabajo, la energía creadora de la voluntad de los hombres del Mediterráneo, voluntad y energía agraciadas con la fe del valor de una tarea civilizadora y con la livianura de una inteligencia ágil y cordial, comprensiva y estimulante.

Chile ha sido para la Comisión Editora de las Obras Completas la ciudad de la Meca. En viajes de estudio "bellistas" palabra que Grases incorporó a la Academia de la Lengua, tres veces nos ha visitado el nuevo académico. Le estamos agradecido de su empeño de hacer de esa edición venezolana otro monumento de la cultura americana, porque si Bello resplandece por sí solo, el nombre de Chile sale de esos libros como la verdadera Atenas del continente. Eso es lo que nos une con nuestro colega.

¡He dicho!

DISCURSO DE INCORPORACION DE DON PEDRO GRASES.

Debo mi presencia en este acto a un gesto puro de amistad generosa, única responsable de la investidura que recibo de Miembro Honorario de la Facultad de Filosofía y Educación de esta ilustre Universidad de Chile. Para mi conducta ha sido siempre norma indeclinable recordar el *Yo sé quien soy* del Quijote, y por ello comprendo y digo que es la espléndidez de alma de algunos compañeros, —amigos entrañables—, a la que hay que abonar el honor que se me confiere. Lo acepto, porque me obliga más a perseverar en el propósito que me he trazado como aspiración de mi vida: trabajar por la cultura mientras tenga aliento y me quede entusiasmo.

Además, la distinción que se me hace ocurre en el lugar que más podía comprometerme: en la Casa de Bello, donde el humanista a que he consagrado mis mayores desvelos vivió y aconsejó la ordenación de la enseñanza en Chile, y desde Chile a todo el mundo hispanohablante. Así, la amistad, el lugar, y el simbólico padrino de Bello se conjugan para constituir una invocación demasiado tentadora para que pueda rehuir la aceptación de Miembro Honorario en esta Universidad, aunque no sepa hallar en mí mismo razón bastante para justificarla.

Y ya que las circunstancias me incitan a hablar en primera persona, quiero recordar que no es la primera vez que hablo en este recinto. Hace dieciséis años, casi día por día, ocupaba la tribuna de la Sala de Honor para glosar los nombres